

LA ARISTOCRACIA EUROPEA Y EL DESARROLLO ECONOMICO

En el verano de 1952, a propuesta mía, el *Research Center in Entrepreneurial History* decidió patrocinar una investigación sobre la aportación de las aristocracias europeas al desarrollo económico y me invitó a dirigir un estudio experimental, basado principalmente en materiales alemanes. Los años de estudios en el campo del empresariado me habían llevado al convencimiento de que tal investigación prometía ser fecunda, no obstante el hecho de no haberse emprendido en ningún país europeo el estudio sistemático del tema. Sombart, con su sorprendente instinto para los problemas de la historia económica, fué el primero que investigó en este campo, y en último análisis un determinado capítulo de *Der Moderne Kapitalismus* hizo luz sobre este estudio. (1.)

Apenas había yo comenzado a reunir materiales, a leer antiguas publicaciones apropiadas al tema y a hablar de nuestros planes con otros historiadores, cuando me di cuenta de que varios de entre ellos que hacían estudios sobre los siglos transcurridos entre 1400 y 1800, aproximadamente, habían descubierto la existencia de nobles de varios países que habían desempeñado las funciones de empresarios. Entre los historiadores que han hecho observaciones de este género figuran estudiosos tan destacados como Heckscher, Saponi, Kuske, Habakkuk y otros, pero ninguno de ellos, que yo sepa, ha centrado su interés sobre el problema en la forma en que lo hemos especificado, esto es, sobre el problema en su totalidad. Sin embargo, esta manera de formular la cuestión venía obligada por el hecho de que, dejando a un lado los países balcánicos, sobre los cuales no poseemos suficiente información, no ha habido un solo país europeo que no haya experimentado, en una época o en otra, el fenómeno del empresariado aristocrático, con la excep-

(1) Tercera ed. (Munich, 1919), I, 850 ss.

ción de Holanda y Suiza, países donde las instituciones feudales nunca encontraron campo abonado.

Una vez que hubimos llegado a esta conclusión, pareció útil reunir documentos que se refirieran a la existencia de nuestro problema en el mayor número posible de países europeos. Amigos del Centro han contribuido al éxito de este intento, ya cooperando por sí mismos en el presente número, ya poniéndose en contacto con colaboradores en potencia. Sin embargo, solamente podemos presentar aquí una primera aproximación de la investigación, que ni siquiera es todo lo completa que un mero examen de su estado actual debiera ser. En primer lugar, las relaciones profesionales con que contábamos determinan el área geográfica de que podría tratarse. Por ejemplo, en el siglo XVI y principios del XVII Dinamarca tuvo empresarios aristócratas de primera clase; el entonces floreciente y muy importante comercio danés de ganado estaba totalmente en manos de los nobles. Pero no hemos sabido de nadie que fuera capaz y quisiera hacer un estudio sobre lo que hasta ahora se conoce del empresariado aristócrata danés. Con relación a Francia, hay en Harvard una tesis doctoral en filosofía, escrita por Charles A. Foster, sobre el *Comercio y la Industria Honorable en la Francia del siglo XVIII*. Sin embargo, y dado que el Dr. Foster tiene el propósito de desarrollar su tesis en un libro, no ha podido permitirnos la inclusión en este número de un resumen de su tesis, tal como nosotros hubiéramos deseado, y que indudablemente hubiera hecho público material realmente interesante. No podemos presentar información alguna sobre Polonia, donde amplias fincas productoras de grano estaban dirigidas, en los primeros tiempos de la época moderna, por nobles. También la nobleza polaca pudo haber desarrollado actividades en la minería y la metalurgia, como es más probable, según el destino del *Bergregal* medieval en aquel país: en aquellos sectores el privilegio real fué a parar a manos de la nobleza.

I

A la vista del material presentado en este número podemos hacer la siguiente pregunta: ¿Cómo se ha podido descuidar, hasta hace poco, de la manera tan absoluta como se ha hecho, el estudio

de la aportación de la nobleza al desarrollo económico? Cualquier estudiante de bachillerato o universitario norteamericano recordará que sus profesores de Historia se referían a la nobleza europea, si es que lo hacían, en tono desdeñoso. Esto es un fenómeno interesante por sí mismo. El hecho de que los historiadores norteamericanos no tengan normalmente nada favorable que decir de las aportaciones, y especialmente de las aportaciones económicas, de la nobleza europea, refleja una manera de pensar típicamente antiaristocrática que, en lo que a Norteamérica se refiere, vino hasta nosotros desde los días de Thomas Paine y William Cobbett. Pero estos hombres, como otros de su época, no fueron los primeros en llegar a tales ideas. Ellos y sus sucesores se encontraron en el centro de un antiguo proceso de desarrollo ideológico.

Ya a mediados del siglo xv Eneas Silvio Piccolomini, en su *Historia de duobus amantibus Eurialo et Lucretia*, tuvo mucho desagradable que decir de la nobleza, y unos setenta y cinco años más tarde, mucho antes de que la posición dominante de la nobleza fuese amenazada en el mundo occidental, las expresiones más hostiles brotaron de exponentes de un movimiento que buscaba la pobreza por razones espirituales. Sebastián Franck von Word, aquel escritor radical, ex sacerdote, ex predicador luterano y fabricante de jabón, censuraba a los nobles contemporáneos por no hacer nada que no fuera cazar, entretenerse con la cetrería, comer excesivamente (*prassen*), beber y jugar. Les acusaba de engordar gracias a sus rentas y de llevar una vida inútil. Cuando en el siglo xvii la monarquía absoluta comenzó a promover sobre el Continente una dura lucha con la aristocracia, los exponentes del absolutismo adoptaron las mismas fórmulas. Wilhelm von Schroeder (1640-1712), el destacado cameralista austríaco, dijo de la nobleza que mantenía al país en una sumisión cruel; y hacia 1790 Friedrich von Eger, que también defendía el absolutismo austríaco, caracterizó a la nobleza como institución basada en la explotación y en la opresión. En aquella época, los nobles con sus privilegios, restos del "oscuro medievo", llegaron a ser presentados en documentos oficiales como vampiros y opresores, poniéndoseles en contraste con las "clases productoras". Después de 1800 las consignas, originalmente formuladas en la lucha entre la monarquía que encumbraba y la nobleza que resistía, y que finalmente fué derrotada, se transmitieron a la

burguesía y fueron desarrolladas por escritores que consagraron sus trabajos a los intereses de aquélla. (2.) El término *Raubritter* (barones ladrones), apareció en Alemania hacia 1800.

El desarrollo ideológico inglés fué, naturalmente, algo diferente. Allí la monarquía fué derrotada en su intento decisivo por dominar la nación, y la alianza entre la nobleza y los mercaderes de las ciudades en la época de la Revolución Gloriosa, llevó a ideologías un tanto diferentes. En Inglaterra, el Romanticismo del siglo XVIII hizo mucho para formar la opinión pública sobre la nobleza. Los conceptos románticos llegaron a ser uno de sus componentes. Es evidente que aquellos que han asimilado inconscientemente la figura del caballero adornado de plumas de las novelas de Scott, encontrarán ciertas dificultades para lanzarse a buscar directores de empresa entre los nobles. Por otra parte, en la segunda mitad del siglo XVIII, el pensamiento radical inglés tal como se había originado en la época de la República, y las ideas continentales sobre la materia, especialmente las francesas, se fundieron. El eterno tipo del señor inglés cazador de zorros, bebedor, está muy cerca, como cualquier historiador reconocerá a primera vista, del cuadro que Sebastián Franck hizo del "típico" noble del siglo XVI.

Estas son, pues, las raíces de la concepción burguesa de la nobleza. No resulta extraño que la burguesía estuviera ansiosa de apoderarse y desarrollar conceptos que resultaban tan adecuados a sus necesidades, pues su pensamiento sobre la materia a través del siglo XIX estuvo determinado por lo que los franceses y los alemanes llaman *ressentiment*. Esta palabra está tan cargada de significado que no es posible dar una traducción exacta (*).

El filósofo alemán Max Scheler, en un brillante escrito sobre la materia (3), ha explicado el *ressentiment* como la reacción de los

(2) Vid. Otto Brunner, *Adeliges Landleben und Europäischer Geist* (Salzburgo, 1949), 310, 327, 328, 332, 354; Germann Gumbel, *Deutsche Kultur im Zeitalter der Mystik bis zur Gegenreformation* en *Handbuch der Kulturgeschichte*, ed. Heinz Kindermann (Potsdam, 1936), 20 ss., especialmente, 39.

(*) N. del T.—Se ha respetado íntegramente la redacción del autor, quien se refiere, naturalmente, a la imposibilidad de traducir *ressentiment* al inglés. Sin embargo, la palabra francesa *ressentiment* tiene su exacto equivalente en los vocablos castellanos *resentimiento* y *rencor*.

(3) "Das Ressentiment im Aufbau der Moralen", en *Abhandlungen und Aufsätze* (Leipzig, 1915), I, 49-72.

individuos y estratos sociales carentes de fuerza contra los que detentan el Poder, a quienes combatirían abiertamente si pudieran hacerlo. El sufrir una postración y privación, que por falta de fuerza no puede manifestarse en actos francamente agresivos, conduce, en primer lugar, a un envenenamiento de la personalidad individual o de la conciencia del grupo. El odio y el deseo de venganza, por una parte, la envidia, el recelo y la dura competencia por otra, dan como resultado el desarrollo de una actitud mental típica. Esta actitud se agrava frecuentemente por el hecho de que los sentimientos amargos van dirigidos no contra individuos específicos, sino contra grupos o estratos cuyos miembros individuales permanecen anónimos y desconocidos para los interesados. En último término la tensión conduce a la autodecepción. Si los individuos o estratos poderosos odiados son objeto del *ressentiment*, los valores que representan no son reconocidos. El individuo ciega su propio ser contra esos valores, o bien los arroja del pedestal donde los individuos o estratos envidiados y odiados los han colocado. Los valores de la clase odiada o no son reconocidos en absoluto, o son repudiados.

En el siglo XIX, la mayor parte de los historiadores y escritores que trataron sobre temas relacionados con éste, fueron de origen burgués y resulta claro para el autor, desconocido para ellos mismos, que el *ressentiment* fué la raíz y explicación de su falta de atención a las aportaciones de la nobleza, que deberían haber sido obvias para ellos. Su prejuicio les cegó cuando se encontraron ante fuentes ciertas de material. (Hay que decir que los dos grandes estudiosos con inclinaciones aristocráticas, Sombart y Schumpeter, pudieron ver lo que estaba velado para sus típicos contemporáneos y colegas burgueses.) Además de eso, hubo siempre muchos estudiosos europeos que miraron con recelo las actividades mercantiles como tales; estos historiadores hubieran considerado perjudicial a la memoria de sus "héroes" el mostrarles comprometidos en ocupaciones tan indignas. Un ejemplo sumamente típico es el que da Albrecht von Mansfeld en la *Allgemeine Deutsche Biographie*.

Los norteamericanos están tan acostumbrados a las maneras burguesas de pensar, que para la mayor parte de ellos será difícil ver con ojos críticos la producción literaria que el autor proyecta, pero deberían volver a leer con este espíritu los dos primeros ca-

pítulos de *Triumph and Democracy*, aquel libro publicado en la década de 1880-1890 bajo el nombre de Andrew Carnegie, pero que fué realmente escrito por James Howard Bridge, asesor literario de Carnegie, y anteriormente secretario de Herbert Spencer. En este volumen respira el espíritu del *ressentiment* burgués. Según un párrafo de uno de sus capítulos, resulta que la primera ocupación de los aristócratas británicos contemporáneos era la de matar animales medio domesticados.

El *ressentiment*, que se halla en la raíz de este libro, tan leído un día, es igualmente evidente en los artículos alemanes contemporáneos. Existe, por ejemplo, la serie *Bilder aus der deutschen Vergangenheit* (Cuadros del pasado alemán), por el muy reputado escritor Gustav Freytag (1816-1895), publicada por primera vez en 1859-1862. El volumen II, parte 2.ª, contiene un capítulo titulado "Deutscher Landadel in sechzenhten Jahrhundert" (La nobleza campesina alemana en el siglo XVI). Este capítulo, de acuerdo con el programa del libro, tiene párrafos tomados de fuentes contemporáneas que han sido, considerando el libro en su conjunto, bien seleccionados, comentados y presentados. Pero en este caso particular, la selección es muy dudosa. El siglo XVI en Alemania fué el siglo de nobles tales como Hutten y Sickingen; el siglo de la Reforma que perturbó profundamente la nación y su nobleza; el siglo durante el cual los nobles de la Alemania Oriental se dedicaron a establecer empresas agrícolas en gran escala, durante el cual la nobleza de la Baja Sajonia desarrolló empresas comerciales en una medida impresionante, y durante el cual algunos miembros de la alta nobleza alemana fueron destacados metalúrgicos y penetraron profundamente y con éxito en el campo de las empresas mineras y metalúrgicas. Sin embargo, todo lo que Freytag presenta son tres historias de feudos de nobles que no eran, en efecto, casos representativos de su clase; y en uno de los tres casos, el de las memorias de Schertlin von Burtenbach, tan sólo extracta partes sin importancia e ignora por completo los materiales más interesantes que contiene este libro. Schertlin fué uno de los primeros empresarios militares alemanes y jefe de *lansquenets*. Los historiadores no han alcanzado, hasta hace poco, una comprensión exacta de la institución de los feudos, y Freytag sobreeestima ampliamente la importancia de la práctica en la historia social. Los feudos eran,

efectivamente, un elemento significativo en la historia constitucional, modificaciones de la práctica que reflejaban importantes cambios en la constitución del Imperio; pero Freytag no realza este aspecto.

Las Exposiciones burguesas alemanas, impregnadas del típico *ressentiment* burgués, han continuado hasta nuestros propios tiempos. Puedo citar la obra de Bernhard Guttman *England im Zeitalter der Bürgerlichen Reform* (4). Según este autor, que fué en su tiempo un notable periodista alemán, no hubo nada más corrompido, estúpido y podrido que la aristocracia inglesa del siglo XVIII. Verdaderamente se solaza describiendo la depravación de la familia real y Corte, presentando detalles que carecen de significación histórica alguna. Nos preguntamos cómo es que el siglo XVIII fué para Inglaterra una de sus más grandes épocas y durante él alcanzó algunas de sus mayores victorias, a pesar de toda esa depravación, corrupción, etc., que se suponen características en sus clases dirigentes. Los nobles que nos miran desde las pinturas de Gainsborough, de Reynolds o de Romney, evidentemente tachan de embustero a Guttman. Es interesante hacer notar cómo la descripción del autor se hace más viva y comienza a brillar cuando John Wilkes, burgués y exponente de la burguesía, aparece en escena (5).

Estos son unos cuantos ejemplos de una literatura inmensa, de los siglos XIX y XX, en varios idiomas, que todavía domina el pensamiento que el americano medio instruido de nuestra época tiene sobre el tema de la nobleza europea. Pero, con independencia del hecho de que esta manera de ver el tema se ha mantenido fuertemente enraizada durante más de siglo y medio, una nueva generación de estudiosos ya no lo acepta así. De nuevo tenemos que preguntar: ¿Por qué tiene lugar una revisión del tema precisamente

(4) *England in the Era of Bourgeois Reforms*, publicado por primera vez en Berlín, 1923; la segunda edición ha aparecido muy recientemente.

(5) Compárese, por ejemplo, las páginas 85-86 de la primera edición con el conjunto del Capítulo I y las páginas 237 y ss. O véase la formulación de la pág. 82: "... el sistema (aristocrático) se encontraba en un callejón sin salida. En esta situación el *Geist* de la nación se puso en movimiento y encontró un nuevo órgano en la clase burguesa". Para estar seguro, en las páginas 108-109 reconoce la aportación de la nobleza al desarrollo de la agricultura, pero se trata de una concesión de poca categoría.

en este momento? Nos inclinamos a dar esta contestación: porque el *ressentiment* típico burgués es ya una cosa que pertenece al pasado. La burguesía obtuvo una victoria absoluta en su lucha. La nobleza histórica europea está postrada en la mayor parte de los países y seriamente debilitada en los demás. Schumpeter llegó a indicar que, con esta victoria absoluta, la burguesía había destruido lo que antiguamente eran los "estratos protectores" que habrían sido de gran utilidad en la lucha actual, pues ahora el burgués mismo se encuentra luchando por su existencia en contra de estratos históricamente nuevos. Los nuevos estratos tienen contra la burguesía el mismo *ressentiment* que la burguesía tuvo anteriormente contra la nobleza. El *ressentiment* ya no es característica de la mentalidad de hijos de familias burguesas. Aquellos de entre ellos que se dedican al estudio tienen ideas más amplias sobre la materia.

Sin embargo, había que alcanzar una nueva meta en el progreso del saber histórico antes de que el problema de la aportación de la nobleza europea al desarrollo económico pudiera ser atacado sistemáticamente. Era necesario que el tema del desarrollo económico como tal se centrara en un foco de interés. Esto ha ocurrido recientemente tan sólo. También fué necesario que los estudiosos se dieran cuenta de la importancia del elemento personal en este proceso. Y a ello llegaron a través de la obra a la que Joseph Schumpeter consagró su vida. Y, finalmente, los investigadores tenían que percatarse de las profundas raíces que ligan la personalidad al mundo social en el que crece y opera, porque de otra manera, dedicándose a nuestro tema, hubieran llegado inevitablemente a una nueva formulación insostenible de la teoría histórica del "gran hombre".

En una palabra, era necesario que el desarrollo histórico en todas las áreas llegase a ser reconocido como resultado de la interacción entre individuos y los estratos o grupos sociales, en los cuales tienen origen y dentro de los cuales viven y trabajan. Hasta no llegar a este reconocimiento, apenas si podíamos plantear la cuestión objeto de nuestra investigación. Pero ni aun esto es suficiente. El investigador en este campo tiene que poseer un instrumento adecuado, y sólo recientemente este instrumento ha sido perfeccionado de manera que fuese útil. Me refiero al concepto del empresario. Bien entendido, este concepto nos lleva al reco-

nocimiento del hecho de que un hombre puede tomar todas las grandes decisiones de una empresa, manteniéndola así en buena posición dentro del mercado y de la economía y dándole vida, sin dirigir esta empresa. En el análisis económico empresario y gerente cumplen diferentes funciones en una empresa; y en la práctica éstas pueden estar en manos de una persona o de varias personas distintas. Con el concepto de empresario en nuestra mente, podemos fácilmente admitir que un noble señor pueda corresponder al empresario de la teoría y ser director efectivo de un negocio, sin que responda a nuestro concepto contemporáneo del hombre de negocios. Puede ser un propietario rural, un funcionario gubernamental o un militar (6).

Esta afirmación implica, a su vez, que la persona que corresponde al empresario de la teoría y que es, en realidad, la fuerza decisiva en la empresa, ni siquiera tiene que estar con la empresa en la relación de propietario, co-propietario, accionista o alto empleado. El reconocimiento de este hecho es igualmente necesario en nuestro estudio, como se verá en breve. Aquí podemos decir, de paso, que el "status" del que toma las decisiones puede incluso usarse como criterio en la formación de períodos de la Historia económica. Así, el gran capitalismo se ve caracterizado por el hecho de que el empresario de la teoría está en la mayoría de los casos representado por un hombre de negocios, o un grupo de éstos relacionados con la empresa. Esto cambió sólo hacia el final de la época del gran capitalismo. Durante el período del capitalismo financiero, cuando el banquero inversor asumía el control de la mayoría de las economías nacionales, el empresario, personificado en este banquero inversor, todavía hombre de negocios, tenía en numerosos casos su puesto fuera de las empresas, cuya suerte determinaba. En contraste, tanto la época del primitivo capitalismo como la del capitalismo ulterior aparecen caracteri-

(6) Dado que en mi investigación quiero reservar el término "empresario" para un tipo ideal, esto es, una figura teórica, y toda vez que los vocablos "negociante" o "administrador de negocios" son inaplicables o induce a error si se aplican a los hombres estudiados en el presente proyecto, propongo usar el término "emprendedor" para el género sobre el cual voy a tratar. El adjetivo "empresarial" se utilizará tanto para el tipo teórico como para el empírico.

zadas por el hecho de que en gran número de casos los empresarios de la teoría venían representados en la realidad por personas no pertenecientes a los negocios. En ambas épocas, los funcionarios gubernamentales tomaron disposiciones estratégicas para empresas específicas, con las cuales, naturalmente, no estaban directamente relacionados. Los funcionarios oficiales mercantilistas, por una parte, y los arbitristas de los siglos XVII y XVIII, que aconsejaron a tales funcionarios o a los monarcas todopoderosos, correspondían, en numerosos casos, a los empresarios de la teoría. Puedo mencionar a Johann Joachim Becher (1635-1682) y sus actividades en Baviera y Austria en favor del establecimiento de una industria sedera. Tales hombres fueron verdaderos directores de empresa. La minoría y la metalurgia del siglo XVIII se vieron profundamente influenciadas por los funcionarios mercantilistas, entre los cuales encontramos numerosos nobles. No necesitamos hablar aquí del proyectista capitalista en los carteles o en las oficinas del gobierno, que también es un verdadero director de empresa, piensen de él lo que quieran las grandes empresas y cualquiera que sea la calidad de su aportación.

Volviendo a la línea principal de nuestro pensamiento, tras esta disquisición, descubrimos que el concepto de empresariado es también un buen guía a través de la selva virgen de erróneas opiniones sobre supuestas prohibiciones impuestas a los nobles en lo relativo al ejercicio de actividades económicas. Para corregir estos errores tan extendidos tenemos que insistir, en primer lugar, en que las normas que regulaban la participación de los nobles en los negocios variaban enormemente de un país a otro y de una época a otra.

Cubrían el vasto espacio que hay desde la amplitud en que se dejaba a los *nobili* italianos del siglo XV, a los estrechos límites impuestos a los *hidalgos* españoles del siglo XVII. En segundo término, la mayor parte de las normas restrictivas y de los códigos penales parece que tuvieron sus orígenes y fueron publicados en una fecha relativamente tardía, hacia 1600. En tercer lugar, parece ser que en muchos casos no fueron tenidos en cuenta y se incumplieron frecuentemente. El estudio de Goran Ohlin, que se publicará en el próximo número de esta revista, señala esta falta de observancia en Suecia, y la tesis de Charles Foster sobre Fran-

cia muestra ejemplos de soslayo de la ley (por ejemplo, trabajaban mediante testaferreros). No podemos olvidar que personas de indudable prestigio, como los miembros de la alta nobleza, podían sin peligro no hacer caso de las sanciones adversas, como por ejemplo hacían los nobles húngaros en el siglo XIX (7). En realidad, parece que las normas restrictivas determinaron la ocupación de los hijos menores, más que las actividades de los herederos. En cuarto lugar, punto éste muy importante, en unos cuantos casos las restricciones impuestas a las actividades mercantiles de los nobles tuvieron por causa la protección a los mercaderes ciudadanos perjudicados por la competencia nobiliaria, y no porque tales actividades fueran consideradas impropias de la nobleza. Este es el caso, por ejemplo, de los edictos del Rey de Dinamarca, promulgados hacia 1600 en su calidad de Duque de Holstein. En quinto lugar, parece ser que las prohibiciones se refirieron siempre al comercio al por menor y a los trabajos manuales; siempre quedó una puerta abierta a lo que llamamos actividades empresariales en la agricultura, gran industria, en la medida en que realmente existió (minería, metalurgia, fabricación de salitre y pólvora, vidriería y algunas otras manifestaciones), y en muchos casos el comercio ultramarino. (Cuando hablamos aquí de actividades mercantiles de los nobles, nos referimos, naturalmente, a aquellos nobles cuyos antepasados pertenecían a la nobleza ya desde anteriores generaciones, y no a los mercaderes ennoblecidos y a sus hijos.)

Para sentar el punto fundamental: un noble no podía, sin perder rango, sentarse en el banco de trabajo y ser zapatero, sastre u hojalatero. Esta regla puede tener una base ideológica. Bruno Kuske ha señalado que en los tiempos medievales, trabajo (en alemán: *Arbeit*) significaba esfuerzo corporal y era casi idéntico a la palabra dolor (en alemán: *Pein*). Los vocablos holandeses *pijn* y *pijnre* para trabajo y trabajadores, son reminiscencias de esa manera de pensar. En alemán medieval, la palabra *Arbeit* podía usarse incluso para indicar tortura (8). Se comprende que una so-

(7) LEWIS LEOPOL, *Prestige, a Psychological Study of Social Estimates* (Londres, 1931), 226, 227.

(8) BRUNO KUSKE, "Zur Geschichte der Betriebe und der Unternehmun-

ciudad estratificada no permitiera que los miembros de su clase dirigente hicieran lo que en la mentalidad contemporánea era casi lo mismo que ser torturado. (Incidentalmente, las notas de Kuske abren un amplio panorama en relación con la identificación de trabajo y dolor en el trasfondo psicológico de la economía clásica.) Igualmente tan sólo es necesario ver los dibujos medievales de buhoneros o la aparición de buhoneros en las *Danses Macabres* para comprender que este género de ocupación no podía ser permitido a los miembros de la clase dirigente. La cuestión es diferente en lo relativo a las actividades nobiliarias como comerciantes al por mayor. En este caso la fuente de conflictos era, por una parte, la exención del impuesto sobre los consumos del noble y sobre la venta de productos de sus posesiones, y por otra parte, en la práctica de vender y comprar para obtener beneficios. El estudio de Goran Ohlin muestra las dificultades por que pasaron los comerciantes suecos como resultado de la competencia de los nobles comerciantes exentos de impuestos, competencia naturalmente desleal, que estaba extendida también en Holstein en el siglo XVI. Se comprende que los gobernantes, por medio de edictos y de códigos de sanciones, trataran de poner fin a una cuestión de este tipo. Pero lo que hoy llamamos actividades empresariales no estaban, por regla general, prohibidas a los nobles en ningún país ni en siglo alguno posterior a 1500, si bien las oportunidades que existían no siempre eran aprovechadas. En relación con esto hay que decir que un agudo observador y conocido estudioso alemán, que escribió en la década de 1850-1860, decenio de tanta importancia en el desarrollo industrial alemán, esperaba que una gran industria abriera un nuevo y prometedor campo para las actividades de la nobleza (9).

gen", en *Die Wirtschaft Westfalens und des Ruhrgebiets*, en *Firmenfestschriften*, ed. por Westfälisches Wirtschaftsarchiv, Dortmund (Dortmund, 1952), 14. Vid. también *Wörterbuch*, I, 539, 540, de Grimm.

(9) WILHEM HEINRICH RIEHL, *Die Bürgerliche Gesellschaft* (Stuttgart y Tubinga, 1851), 178. Este libro contiene también muy interesantes materiales sobre la típica actitud burguesa frente a la nobleza en la época de las revoluciones de 1848; vid. 117, 119, 122, 123, 130, 147, 172. El mismo Riehl defendió a la nobleza.

II

Este ensayo en plan de introducción no es el lugar para describir en detalle las actividades económicas de la nobleza alemana en todos los campos. Pero para la comprensión del problema es necesario enumerar las áreas en las cuales ejercieron actividades los miembros de la aristocracia.

Ante todo se hallaba la agricultura. La empresa agrícola en gran escala es un trabajo de los nobles, los cuales iniciaron esta dirección ya en la última parte del siglo XV. La investigación se ha ocupado del tema estudiando, casi exclusivamente, las consecuencias sociales perjudiciales de este impulso, esto es, el menoscabo del *status* de los campesinos. Esta manera de tratar el problema ha de ser achacada nuevamente al *ressentiment* burgués. La situación a que llevo este método sería similar en esencia a la que resultaría si estudiásemos la Revolución Industrial, investigando exclusivamente la destrucción de la artesanía y la transformación de los trabajadores artesanos en proletarios. En ambos casos, hay al otro lado de la estructura una serie de grandes innovaciones y de realizaciones en el campo de la organización. La construcción de la *Gutswirtschaft*, lo mismo que la creación de la industria moderna, fué por necesidad de carácter "daimónico" (10). Dudo que el crecimiento de las ciudades que se realizó en Europa en los siglos anteriores a la Revolución Industrial, hubiera sido posible sin aquella realización económica de la aristocracia europea oriental. Sin embargo, antes de poder llevar a cabo una investigación específica sobre la aportación de los nobles en este campo, necesitamos una serie de monografías sobre el empresario agrícola europeo. No hay nada de este género, si bien el profesor Habakkuk y sus alumnos han atacado este tema en lo que a Inglaterra se refiere. Sin embargo, el Este de Europa es la zona geográfica sobre la que se debe centrar la atención, y nadie sabe en este momento qué material documental podrá al fin sobrevivir a la oleada comunista que ha cubierto esas zonas. Por ejemplo, se dice que en

(10) Vid. mi ensayo "The Business Leader as a "Daimonic" Figure", en *The American Journal of Economics and Sociology*, XII (1953), 163 ss.

Alemania Oriental los catastros han sido deliberadamente destruídos. Más aún, sobre la base del material publicado podemos señalar unos cuantos casos de nobles que levantaron las primeras empresas agrícolas en gran escala con objeto de producir cereales. Está más extendido el conocimiento del hecho de que en el siglo XVIII, los nobles fomentaron la mejora de la agricultura en muchos países europeos, los nobles fomentaron la mejora de la agricultura, introduciendo nuevas razas, instrumentos de trabajo, plantas, etc. Ambas categorías de aristócratas corresponden al empresario creador (innovador) de la categoría.

Con frecuencia, las propiedades de los nobles se convirtieron en sede de empresas industriales fundadas, poseídas y administradas por los nobles mismos, si bien dirigidas por gerentes. Este fué el caso, por ejemplo, en Holstein en el siglo XVI, como se explica en el artículo de Hermann Kellenbenz publicado en este número. Kellenbenz cita, entre otros, el caso de Bárbara Rantzau, cuyo libro de contabilidad, conservado en la *Kommerzbibliothek* de Hamburgo, iba a ser la base de una intensa investigación. Desgraciadamente, cuando se ordenó que se hiciera la copia en microfilm, se nos comunicó la destrucción del libro durante la segunda Guerra Mundial, lo cual significa una grave pérdida. Doscientos años más tarde, en el siglo XVIII, la fundación de la moderna industria en Bohemia fué realizada por los nobles en sus propiedades. Entre ellos se encontraban aristócratas, tales como el Conde Josef von Bolza, el Conde Chamaré, el Conde Clam-Gallas, el Barón Dechantey, el Barón Desfour, el Conde Ferdinand Harrach, el Barón Happerski, el Conde Kaunitz, varios miembros de la familia Kinsky (Condes), el Conde Colowrat, el Conde Mitrowski, el Barón Neffzer, el Conde Piccolomini, el Barón Da Ricci, el Conde Schaffgotsch, y los Condes Johann Joseph y Vincenz Waldstein. Estos hombres estaban especialmente interesados en fundar fábricas textiles (tanto de lino como de algodón), en las diversas fases de la producción, y fábricas de cristal, incluida la producción de espejos, pero también acometieron empresas en otros campos. En uno de los casos antes citados encontramos a un noble (un Barón) que actúa como gerente de las empresas de un magnate, quien por sí mismo llevaba a cabo funciones empresariales dentro de sus propias empresas.

Los nobles fueron especialmente activos en los campos de la minería y de la metalurgia. Kuske ha hecho notar que los nobles eran con frecuencia encargados de la administración de los *Regales*, es decir, de los derechos exclusivos del Rey en varias cuestiones, particularmente en minería y metalurgia. Se supone que tales derechos reales exclusivos establecidos a partir del siglo XI, y en Alemania, en el curso de su ejercicio, fueron a parar a manos de los príncipes territoriales. Según Kuske, se desarrollaron en algunos casos empresas de nobles en estos campos como consecuencia de las actividades de aristócratas que actuaban como administradores comisionados por el Rey o por un príncipe. Más aún, en algunas regiones, como por ejemplo Bohemia, el *Bergregal* general o como derecho exclusivo de extraer solamente ciertos minerales, fué a parar, en una etapa posterior, a manos de los nobles terratenientes, lo que vino a ser un fuerte incentivo para que se comprometieran en actividades mineras y de fundición. En la Silesia del siglo XVIII, unida durante siglos a Bohemia bajo una misma Corona, encontramos que la mayor parte de las minas y de las fundiciones de hierro eran propiedad y estaban administradas por aristócratas. Las actividades de los nobles en estos campos venían facilitadas por el hecho de que el empresario minero tenía, en la Alemania del siglo XV, por ejemplo, el *status* de "señor", pues sus actividades se consideraban un servicio prestado al Rey o príncipe de cuya propiedad eran los minerales subterráneos, bajo del derecho de *Bergregal*. Esto implicaba que el empresario minero de esa época estaba revestido en todo caso de un *status* semejante al que disfrutaban los nobles terratenientes. Para mayor seguridad, estos empresarios estaban sometidos a inspecciones periódicas de funcionarios del Rey o del príncipe, quienes, como se ha dicho anteriormente, podían más tarde convertirse también en empresarios mineros (11).

Ningún estudioso familiarizado con las fuentes materiales de los siglos XVI a XVIII esperará encontrar estadísticas que nos permitan valorar la aportación de los nobles a la vida económica en comparación con la que hicieron los plebeyos. Pero en lo que

(11) KUSKE, op. cit., 23, 24, 29; ADOLF ARNDT, *Zur Geschichte und Theorie des Bergregals und der Bergbaufreiheit, ein Beitrag zur Wirtschaftsgeschichte*, 2.^a ed. (Friburgo, 1916), *passim*.

se refiere a la minería en el siglo XVI, podemos ofrecer una valiosa muestra de información cuantitativa. En las primeras décadas de aquel siglo había en Europa dos grandes zonas, además de otras menores, de producción de cobre: Hungría y el Grafchaft Mansfeld, en Alemania. Después de 1635, aproximadamente, la producción de estas últimas regiones pertenecía enteramente y, con excepción de muy pocas factorías, estaba administrada, por los Condes de Mansfeld, en tanto que las fábricas estaban dirigidas por gerentes.

Nuestro estudio de la empresa nobiliaria en la minería ya nos ha llevado al examen de las actividades empresariales de los nobles en su calidad de administradores públicos mercantilistas. Ya se ha indicado antes que los funcionarios gubernamentales en la época del Mercantilismo eventualmente tomaron decisiones de índole estratégica relativas a empresas individuales de propiedad privada; éste fué el caso especialmente en los campos de la minería y la metalurgia. Cuando el Rey o príncipe propietario del *Bergregal* hacía concesión de minas y fundiciones sobre esa base, retenía siempre el derecho de dirección (en alemán se habla del *Direktionsprincip*). En la Alemania del siglo XVIII, funcionarios mineros tan destacados como el Conde Reden, en Prusia; Freiherr von Heinitz, en Sajonia primero, y más tarde en Prusia, y Freiherr von Trebra, en Sajonia, tuvieron en la determinación de la suerte de muchas empresas que estaban bajo su cuidado, quizás una parte mucho mayor que la de los propios gerentes y propietarios.

Sin embargo, la minería y la metalurgia no fueron los únicos campos. En cualquier parte que se establecieran empresas estatales en aquella época, los funcionarios del Gobierno, entre los cuales había muchos nobles, desempeñaban funciones empresariales. Los historiadores modernos apenas se dan cuenta de lo próximas que las actividades de estos hombres estaban de las verdaderas actividades de negocios. En Austria, por ejemplo, donde en el siglo XVIII un fuerte comercio al por mayor era casi inexistente, los funcionarios del Gobierno llegaron a actuar incluso como viajantes comerciales, recogieron muestras de los fabricantes de los distritos por ellos gobernados, marchando al extranjero en busca de clientes, estudiando y desarrollando mercados y regresando con una información del tipo de la que hoy se adquiere de los gran-

dés comerciantes (12). Por ejemplo, dos de estos viajes fueron hechos por el joven Conde Karl Otto Haugwitz (nacido en 1734), hijo de un poderoso ministro, quien, viajando de incógnito, iba acompañado, naturalmente, por un destacado técnico, funcionario que no era de noble origen. Estos dos hombres fueron a Italia (1754) y a Hungría, Polonia, Danzig, Hamburgo, Sajonia y Lusatia (Sajonia) (1755). Aunque la contribución del joven Conde al éxito real de los viajes fuera nula y hubiera de otorgarse todo el crédito a su hábil compañero, éste era el tipo de educación que se consideraba deseable para un noble austriaco del siglo XVIII, destinado a ser un alto funcionario del gobierno. Para los historiadores que han estudiado este tipo de noble funcionario mercantilista, es cosa natural que tales funcionarios pudieran también administrar empresas que, en su época, revestían grandes proporciones. En un estudio reciente, me he referido a un ejemplo, el Conde sajón Detley von Einsiedel (1737-1810) (13).

En último término, pero no por ser lo de menos importancia, estaba el amplio campo del empresario militar, que estaba casi totalmente en manos de la nobleza. El empresariado militar empezó, como es natural, con los *condottieri*, italianos que primeramente realizaron este tipo de servicio estrictamente en plan de negocio. En el siglo XV, durante la época de las guerras hussitas, los checos se dedicaron a este negocio, y en los siglos XVI y XVII aparecieron en escena los empresarios militares escoceses y alemanes, el más grande de los cuales fué Wallenstein. Aunque los mercenarios suizos determinaron en gran parte las luchas del siglo XV, no hubo *condottieri* suizos en aquel siglo; los llamados *Pensionäre* podrían, sin embargo, aproximarse a ellos. Los empresarios militares (*patronos de facto*), deberían ser objeto de investigación, pues hasta ahora no tenemos, que yo sepa, un estudio escrito desde el punto de vista del historiador económico. Es éste

(12) AUGUST FOURNIER, "Handel und Verkehr in Ungarn und Polen. Ein Beitrag zur Geschichte der osterreichischen Commercialpolitik", en *Archiv für Osterreichische Geschichte*, LXIX (1887), 356 ss.

(13) FRITZ REDLICH, "A German Eighteenth Century Iron Works during its First Hundred Years: Notes Contributing to Unwritten History of European Aristocratic Business Leadership", en *Bulletin of the Business Historical Society*, XXVII (1953), 72 ss.

un amplio campo de investigaciones al que podrían prestar su atención los jóvenes y ambiciosos historiadores económicos. La empresa militar sobrevivió durante el siglo XVIII en la forma de los llamados *Regiments* y *Kompaniewirtschaft* (economía regimental y de compañía), en la de "venta" de tropas hechas por los príncipes alemanes, de las que los súbditos de Hesse en la Revolución Americana es un ejemplo.

III

En esta última parte del trabajo presentaremos algunas notas de carácter general. Entiéndase, sin embargo, que son puramente un ensayo. Representan hipótesis de prueba; posteriores trabajos sobre las fuentes mostrarán si son instrumentos útiles para la investigación o no.

Se ha dicho tanto sobre el espíritu capitalista desde los días de Max Weber y de Sombart, que hemos de preguntar: ¿Cuál era el espíritu específico que servía de base al empresariado aristocrático en sus primeros años? O, para hacer la pregunta de otra manera, ¿qué fué lo que hizo que las actividades mercantiles fueran aceptables para los descendientes de los caballeros feudales? Muchos escritores han descrito cómo el derrumbamiento total, al final del siglo XV, de las tradicionales luchas medievales condujo al hundimiento de la ya en decadencia clase feudal guerrera, y cómo muchos de aquellos caballeros acabaron por llevar la vida miserable de los Barones ladrones. Pero éste es tan sólo un aspecto de la cuestión, y ha sido sobre-valorado. El revolucionario desarrollo de la táctica, que tuvo lugar a fines del siglo XV, tuvo otra y más importante consecuencia. Es realmente sorprendente lo rápidamente que los caballeros y sus descendientes se adaptaron a las nuevas condiciones. Los caballeros se transformaron en oficiales profesionales del ejército y en empresarios militares. Los que eran señores de grandes extensiones de tierra en las zonas orientales de Europa, se convirtieron en empresarios agrícolas, y de esta manera sobrevivieron al choque. En la Baja Sajonia, los nobles levantaron fábricas industriales en sus propiedades agrícolas, y se lanzaron a grandes empresas comerciales. En el mismo

siglo encontramos nobles dedicados a la inversión, al lado de nobles empresarios, por ejemplo, en las refinerías de cobre de la Alemania Central, y en las empresas mineras de Bohemia; y en el siglo XVII, tuvieron lugar grandes inversiones nobiliarias en las compañías coloniales por acciones propias de la época.

Todo esto sucedió en unas cuantas décadas —todo lo más, dentro de las tres generaciones siguientes a la terminación de las luchas feudales en el sentido estricto del término, esto es., después de la derrota de los caballeros borgoñones por la infantería suiza. Me doy cuenta, naturalmente, de que la caballería estuvo en decadencia a lo largo del siglo XV. Pero me siento inclinado a poner a su cabeza el tradicional cuadro de la nobleza destrozada, desintegradora y decadente del 1500, y a admirar la adaptabilidad de un gran sector de la aristocracia del siglo XVI. Tan sólo el siglo XVII, como Brunner ha demostrado, señaló el fin de la era aristocrática en el mundo occidental, en tanto que el XVIII vió a los nobles comprometiéndose ampliamente en actividades económicas añadidas a sus otras aportaciones. La fase burguesa de nuestra civilización comienza en el siglo XIX.

¿Cuáles fueron, pues, los factores que hicieron posible esta adaptación? Sombart ha señalado (14), y Max Scheler, al discutir los escritos de Sombart, ha subrayado, que el espíritu capitalista se formaba de dos componentes: por una parte, la empresa atrevida, y por otra una racionalidad monetariamente cicatera y un régimen de vida disciplinado. Era el primer componente del espíritu capitalista el que los nobles podían suministrar. Además, la nobleza del siglo XVI había desarrollado un espíritu que era por sí mismo favorable a la empresa (15). Los nobles de aquel siglo, a quienes hallamos actuando como directores de negocios, eran figuras típicas del Renacimiento, y como tales, aprendieron desde su juventud a ser ambiciosos, a tener como objetivo el alcanzar una meta en la vida, ya que no a obtener gloria, y en último término, pero no por eso sin importancia, a desear una vida de esplendor. Esto, entonces como ahora, requería grandes ingresos.

(14) "Der Bourgeois", en *op. cit.*, II, 315 ss.

(15) Vid. JOSEF PEKAR, *Wallenstein 1630-1634, Tragödie einer Verschwörung* (Berlín, 1937), 53.

De esta manera observamos cómo muchos nobles del Renacimiento y del Barroco (Wallenstein, por ejemplo) luchan por la ganancia como mercaderes —residiendo la diferencia en el fin por el que se buscaba la ganancia. Aquellos empresarios aristocráticos difícilmente hubieran levantado el moderno aparato productivo, tal como lo hizo el empresario burgués, pero encontramos casos de nobles con considerable acumulación de capital, en quienes el deseo de atender al esplendor de la familia fué, probablemente, el motivo dominante.

Frederic C. Lane ha sentado repetidas veces que la empresa capitalista de los primeros tiempos tuvo que atender en muchos casos a su propia protección. La mejor manera de llevar a cabo esta protección era utilizando a los hijos más jóvenes de los nobles, entrenados en el manejo de las armas y acostumbrados a las aventuras guerreras. No es necesario subrayar aquí que, en los siglos XVI y XVII, la línea de demarcación entre las empresas comerciales y las militares no estaba siempre claramente delimitada. En nuestros futuros estudios hemos de dedicar mucha atención a la profunda observación del profesor Lane.

Al pasar de los siglos XVI y XVII al XVIII, encontramos otra serie de motivos que determinan la actividad económica de la aristocracia, además de los ya mencionados. El siglo XVIII vió el Mercantilismo en toda su extensión. Esto significa que los gobernantes ilustrados trataron de desarrollar la vida económica y las actividades mercantiles de sus países, de forma que aquellos nobles que fundaban industrias o desarrollaban sus propiedades en cualquier otro modo, estaban seguros de aumentar su propio prestigio en las Cortes de sus gobernantes. Es digno de hacerse notar que algunos nobles de Bohemia se hicieron empresarios por agradar a María Teresa. Pero en numerosos casos, habrían llegado a tomar la misma determinación de todos modos. Muchos nobles del siglo XVIII habían sido “ilustrados” por las normas de su época; es decir, estaban saturados por el espíritu humanitario del siglo. El mejoramiento de la suerte y de los hábitos morales y de trabajo de sus súbditos era ambición latente de sus corazones, y la creación de industrias parecía proporcionar un medio para llegar a ese fin, que realmente se hallaba en la infancia del sistema industrial. En varios casos, el establecimiento de industrias textiles

en fincas era una empresa educativa. Por otra parte, se ha dicho que, en contraste con los artesanos del siglo XVIII, nobles previosores, se mostraron sensibles a los fundamentales cambios que se veían en el fondo y se fueron preparando conscientemente para esos cambios mediante el ejercicio de actividades empresariales. Finalmente, en unos cuantos casos, la creación de fábricas fué una manía de la nobleza, en especial de algunos príncipes. Esto ocurrió, por ejemplo, en la industria de la porcelana de China, como ya se ha dicho en el caso de Turingia (16).

En relación con esto hemos de señalar, al paso, que la aportación de la nobleza a la colonización en los siglos XVI, XVII y XVIII no ha sido, hasta ahora, estudiada de una manera sistemática, si bien es cierto que esta aportación fué considerable, tanto en Portugal y España, como en Francia e Inglaterra. Hay otras razones que añadir a las ya mencionadas anteriormente, esto es, la posibilidad de los nobles de aportar experiencia militar, virtudes y conocimientos prácticos, a la protección de atrevidas empresas colonizadoras. Algunas de estas razones fueron la riqueza, las relaciones con las respectivas coronas y con los estadistas dirigentes, la necesidad en que se encontraban los segundones de los nobles de hacer su fortuna y su reputación por sí mismos, y otras muchas. Pero, a pesar de estar este problema tan íntimamente relacionado con el que nos ocupa, ha de quedar fuera del ámbito de nuestros estudios, al menos por ahora.

Hemos de preguntarnos ahora si las actividades empresariales en los primeros tiempos modernos fueron emprendidas de manera especial por un determinado estrato de la nobleza, con preferencia sobre otros. No fué éste el caso. Encontramos que tanto miembros de la alta como de la baja nobleza se dedican a los negocios. (La alta nobleza es especialmente numerosa entre los empresarios militares, e incluso los príncipes soberanos no desdeñaron actuar como empresarios de esta clase.) En el siglo XVI podemos señalar a Gustavo Vasa, el rey sueco, que fué uno de los mayores hombres

(16) Vid. el interesante capítulo "Der Grundherr als Unternehmer", en ARTHUR SALZ, *Geschichte der Böhmischen Industrie in der Neuzeit*, Munich, 1913, 275 ss.; y WILHELM STIEDA, *Die Anfänge der Porzellan-fabrikation auf dem Thüringerwalde, Beiträge zur Wirtschaftsgeschichte, Thüringens*, vol. I (Jena, 1902), *passim*.

de negocios de su época y que gobernó su país casi como si se tratase de una empresa mercantil, a Enrique "el Joven" y a su hijo Julio, Duques gobernadores de Braunschweig. En el siglo XVIII el Emperador Francisco I y su hijo José II, actuaron en muchas de sus obras lo mismo que el empresario de nuestra teoría, en tanto que María Teresa y el Rey Federico el Grande se acercaron a ese "status" en algunos casos.

Es un hecho notable el que encontremos un cierto número de mujeres entre los aristócratas directores de negocios. Ya he mencionado a Bárbara Rantzau, que desarrolló su actividad en el siglo XVI; Goran Ohlin se refiere en su estudio a la Condesa María Sofía Oxenstierna, que vivió en el siglo XVII, y en mi anteriormente citado estudio (17) Benedicta Margarita Freifrau von Lowendal, nacida Rantzau, ha sido citada como la fundadora de una fundición de hierro en el siglo XVIII. De nuevo nos encontramos con un problema digno de examen. ¡No pude señalar un solo caso de mujer burguesa empresaria de importancia en el siglo XIX, excepto Hettie Green, la especuladora de Wall Street! Posiblemente el fenómeno de la mujer aristócrata empresaria se explica por el papel que al final de la Edad Media desempeñaban las esposas de los caballeros. Durante las numerosas y largas ausencias de sus maridos, con motivo de guerras o de tener que acompañar a los príncipes, hogares y propiedades eran dejados a su cuidado, por lo que estaban acostumbradas a los quehaceres de la administración (18).

Las actividades mercantiles de los nobles eran, en algunos respectos, claramente distintas de las de los comerciantes contemporáneos. Sombart reconoció este hecho hace muchos años, cuando dijo que, mientras el comerciante tenía que tratar, convencer y persuadir, el noble dedicado a los negocios podía usar la fuerza en mucha mayor proporción. Un contemporáneo de Sombart, el famoso H. Sieveking, concedió tanta importancia a este elemento que habló de una clase especial de capitalismo que él llamó "capitalismo feudal" (*Feudalkapitalismus*) (19); con esta expresión denomi-

(17) Vid. nota 13.

(18) GUMBEL, *op. cit.*, 40.

(19) "Die kapitalistische Entwicklung in de italienischen Städten des Mittelalters", en *Vierteljahrsschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, VII (1909), 69.

naba una forma de capitalismo basada, no sobre un contrato de trabajo libre, sino sobre obligaciones laborales de tipo feudal. Finalmente, Arthur Salz, en su libro ya citado, ha llegado a la conclusión de que el empresario aristocrático en la industria giraba en torno al empleo de materias producidas de manera principal en las mismas propiedades, tales como lana, madera, o minerales, o de una mano de obra inusitada, de la que el señor podía disponer. Cuando intentaron salirse de este campo, como sucedió, por ejemplo, con la industria algodonera en Bohemia, no siempre tuvieron éxito. He aquí otro aspecto importante abierto de par en par a la investigación monográfica: ¿En qué medida y dónde se hizo uso, en las actividades mercantiles de los nobles, de la obligación feudal de trabajar, denominada en Bohemia con la palabra eslava *robot*? Esto fué una cosa natural en la agricultura, pero parece ser que el *robot* se empleó también en el comercio aristocrático, por ejemplo, en Holstein en el siglo XVI, y en la construcción de fábricas industriales en algunas zonas de la monarquía de los Habsburgo. Merece por lo menos mencionarse el hecho de que en el siglo XVII, en las fábricas rusas, tanto en las que pertenecían al Estado como en las que eran propiedad de los nobles, se utilizó el trabajo de los siervos; no había trabajadores libres en las fábricas rusas de aquel siglo. El poder tenía aplicación, no sólo contra los siervos de los aristócratas o contra los campesinos sometidos, sino también en toda clase de contratos con los gobiernos y en las ventas a las Cortes. Ya he señalado en otra parte que en la década de 1820-1830, el ministro y hombre de más poder en Sajonia era al mismo tiempo fabricante de cañones y proveedor de la artillería sajona. Otras características del empresario aristocrático fueron una amplia perspectiva en el tiempo y una visión conservadora (conservadora en el sentido estricto de esta palabra). Los Duques Enrique y Julio de Braunschweig, a quienes ya hemos mencionado, que en el siglo XVI dirigieron actividades en el campo minero, construyeron galerías (túneles de drenaje), que todavía eran de utilidad en el siglo XIX; y la inclinación hacia la revolución social que había de aparecer en la empresa burguesa estuvo ausente de las empresas propiedad de los nobles hasta 1825.

Los párrafos que preceden pueden bastar como primera introducción en este campo de estudio tan abandonado; los ensayos que

siguen tratan de ir rellenando los huecos existentes. Con objeto de evitar interpretaciones erróneas, la tesis fundamento de nuestras investigaciones puede formularse así: no se niega en modo alguno que hubiera una forma de vida aristocrática esencialmente enemiga de las actividades inherentes a los negocios, pero negamos que ésta fuera la *única* forma de vida aristocrática, como se ha expuesto normalmente. El propósito de esta nota preliminar es sugerir que la interpretación convencional de las funciones económicas de las aristocracias europeas necesita fundamentalmente ser considerada de nuevo. Serán necesarios años enteros de investigación en casi todos los países de Europa antes de que esta labor pueda darse por terminada; nuestro propósito de ahora es señalar la existencia de problemas sin resolver e indicar las direcciones en que han de buscarse las soluciones.

Fritz REDLICH

Universidad de Harvard.

(Artículo traducido del original inglés "European Aristocracy and Economic Development", aparecido en "Explorations in Entrepreneurial History", vol. VI, núm. 2.)